

Hemos llegado al momento de dejar las filas del personal activo de la Armada de Chile. El 31 de diciembre, junto con extinguirse el año 2007, se extinguirá nuestra carrera naval, y nos alejaremos para dar espacio en los escalafones a los nuevos, a los que vienen detrás. Como la vida misma, esta carrera tiene un ciclo que todos inevitablemente recorreremos, con diferente duración, pero que invariablemente termina en el momento que nos encontramos viviendo los nueve almirantes que somos despedidos hoy.

Hace un año en este mismo lugar, me correspondió despedir a quienes nos dejaron entonces, y en esa ocasión manifesté que los despedíamos con emoción, con solemnidad, con tristeza pero también con alegría. Y quiero repetir hoy esa idea. Nos despedimos con emoción al formar por última vez en servicio activo junto a todos ustedes, después de haber compartido tantas y tantas vivencias y experiencias durante más de cuarenta años. Lo hacemos con solemnidad, la que nos proporciona este hermoso marco, nuestra Escuela Naval, escenario donde hace pocos días asistimos a la ceremonia de graduación de guardiamarinas, eslabón del extremo opuesto de la cadena de oficiales. Lo hacemos con tristeza, natural sentimiento de toda despedida, porque significa un alejamiento de lo que hasta aquí ha sido nuestra vida. Pero por sobre todo nos despedimos con alegría. La alegría que surge de la satisfacción del deber cumplido, la alegría que surge de recordar lo que hemos vivido en nuestras extensas carreras, la alegría que se genera al ser objeto de tantas manifestaciones de aprecio, como esta misma ceremonia. Sí, el sentimiento predominante hoy día es la alegría

Mirando hacia atrás, nos parece una vida entera dedicada a la Marina. Si entramos a la Escuela Naval en la adolescencia, mejor dicho en la niñez, en mi caso en 1965, a los 14 años de edad, comenzando a recorrer este extenso camino que nos depararía insospechadas satisfacciones, demandantes desafíos, y un final mucho más allá de lo que pudimos soñar en esa época.

Estamos viviendo un momento muy importante de nuestras vidas, momento que nos llama al recuerdo, a la reflexión, a la gratitud y al compromiso.

Nos llama al recuerdo de tantas jornadas, desde que siendo colegiales de tercer año de humanidades conseguimos un prospecto de admisión a la Escuela Naval, los cerrados espacios de la vieja casona, la misma donde mi abuelo, mi padre y mi hermano mayor fueron cadetes, el eco del ruidoso mundo de los cadetes en los patios 1 y 2, el cambio a esta edificación, la graduación en el Estadio al frente, el crucero de instrucción,

nuestro primer transbordo que tanto nos marcara, en mi caso el viejo patrullero Lientur que me hizo ver claramente cuál sería mi especialidad, y con cuyos tripulantes me sigo reuniendo seguido, la vida de oficial subalterno con las crisis vecinales e internas que nos correspondió vivir, el ascenso a Oficial Jefe, la Academia de Guerra, los mandos y puestos de mayor responsabilidad en tierra. Los años de embarco, las millas navegadas en nuestro amplio océano, con un horizonte de 360°, desde los 18° hasta 71° de latitud Sur, desde 55° hasta 110° W. Somos capaces de revivir cada momento, y de hecho lo hemos revivido en éstas últimas semanas... Los pequeños sinsabores ya no están, sólo queda lo grato. Debo decir, a modo personal, que tengo como única excepción guardada una gran pena en el alma, la pérdida de las vidas de los Tenientes Juan Pablo Espinoza Sapunar y Gustavo Adolfo Bahamondes Benavente, acaecidas a las 0135 horas del día 24 de Mayo de 2003, con la caída al mar del helicóptero Naval 72, siendo quien habla Comandante en Jefe de la Escuadra.

Este momento nos llama también a la reflexión; cuando pensamos en lo que nos correspondió vivir en la Armada, nos damos cuenta de la enorme transformación que ha experimentado en el lapso en que vivimos el servicio activo, nuestra Institución, nuestro país y el mundo. Los invito a recorrer algunos indicativos: Nuestra generación tenía, al nacer, una expectativa de vida de 52 años, hoy llega a 78. La mortalidad infantil era de 120 por mil, hoy es de 8 por mil. La población de Chile era, cuando egresamos al servicio, de poco más de 9 millones de habitantes, hoy ya se acerca a 17 millones. El producto interno per cápita era de 2000 dólares, hoy es de 13000. En síntesis, estos años hemos visto un robusto crecimiento nacional, nos hemos convertido en un país moderno, de sólida estabilidad y desarrollo humano y, aunque no sea ampliamente reconocido, sabemos que mucho tenemos que ver con ello.

En la Escuela Naval de nuestra época usábamos una regla de cálculo, trabajábamos, estudiábamos e investigábamos en la biblioteca, nos comunicábamos por carta. Hoy dependemos del computador, de la Palm, de la blackberry y de Internet. La Armada tenía dos cruceros y cuatro destructores, dos submarinos, pequeños helicópteros y vetustos aviones C45 y C47. Fuera de nuestras fronteras solamente operaba el BE Esmeralda.

Durante nuestro ciclo pasamos por la flota de superficie de origen británico, la renovación de la fuerza de Submarinos y la modernización de la Aviación Naval, y hoy estamos en un excelente momento en cuanto a la fuerza, operando extensamente en ejercicios multinacionales y en operaciones de paz, con un alto y bien ganado prestigio. Y si miramos el

futuro sólo hay espacio para el optimismo. Porque no sólo tenemos modernas fuerzas y equipamiento, también hemos evolucionado hacia un pensamiento estratégico avanzado, una orgánica y sistema de control de gestión adecuados a los tiempos. Tan importante como ello es que tenemos estilo propio, lo que denominamos el estilo naval. Éste no se encuentra detallado en la Ordenanza de la Armada, ni en reglamento alguno de la Dirección del Personal ni de la Secretaría General. El estilo Naval es un conjunto de normas no escritas, que se transmite de generación en generación por la vía del ejemplo, y que marca una forma de actuar, de comportarse, de resolver, de vivir la profesión.

Este momento nos llama también a la gratitud. Y debo pensar primeramente en dar gracias a Dios, Dios nos guía, lo que nos sucede es siempre lo mejor que nos debe suceder, como magistralmente lo dijera Arturo Prat, y que nos ha dado salud y vigor para llegar hasta aquí; a la Virgen del Carmen, que nos ha protegido durante todos estos años. Especialmente a bordo, en los puentes de mando de los buques siempre sentí su protección cercana.

A nuestras esposas e hijos debemos decirles hoy que pensamos que sin su apoyo no habríamos llegado hasta aquí. Ellas aceptaron ser mujeres de marino, quizás sin tener completo conocimiento de lo que esto significaba, de las ausencias de sus maridos, de nuestra obligación de anteponer el servicio antes que ellas, de su obligación de ser madre y padre a la vez, de hacer crecer a nuestros hijos sin nuestra presencia permanente, de estar solas cuando necesitaban a su marido al lado. Y a ellos, que no eligieron ser hijos de marino, pero debieron sufrir los rigores de esta vida, crecer sin sus padres siempre presentes, que debieron con mucha frecuencia sufrir el desarraigo impuesto por transbordos y mudanzas, alejándose de amistades, compañeros y el entorno que comenzaba a parecerles propio.

A nuestros profesores y jefes, unos que inicialmente nos enseñaron y guiaron, y más tarde, a medida que fuimos ascendiendo, otros que nos dieron la libertad y los espacios para desarrollar nuestro trabajo. A quienes nos seleccionaron para integrar el Alto Mando institucional, a los Comandantes en Jefe que nos destinaron a los cargos que hemos ejercido, todos ellos confiando en nuestras capacidades.

A quienes fueron nuestros subordinados, a todos y cada uno de ellos, eficaces colaboradores que debieron aceptarnos con todos nuestros defectos e imperfecciones, y que nos permitieron desarrollar el liderazgo indispensable de todo hombre de armas. En especial, y hablando nuevamente a modo personal, a los Oficiales de otras Instituciones que

contribuyeron a mi gestión durante los cuatro años en que ejercí funciones de carácter conjunto.

A nuestros compañeros de curso, amigos desde la infancia, muchos de ellos acompañándonos hoy en esta última ceremonia, entusiastas especialmente a las generaciones 70 y 71 que se extinguen al retirarse del servicio activo sus últimos integrantes.

Finalmente este momento nos llama también al compromiso para con nuestra Institución. Seguiremos siendo Almirantes de la República hasta el fin de nuestros días, y nuestro compromiso es que nos comportaremos como tal y estaremos siempre disponibles para contribuir a la proyección de la Marina hacia la sociedad. Si se nos necesita, estaremos listos.

Estamos confiados que la Armada de Chile seguirá progresando a paso firme y decidido porque tiene toda la potencialidad para ello, porque tiene hombres capaces de liderarla eficazmente. Conocemos bien a los que nos suceden. Les deseamos de corazón buena mar y viento a un largo.

Nos vamos en paz. No nos sentimos en deuda ni acreedores. Recibimos todo de la Armada: instrucción, formación, espacio de desarrollo profesional y personal integral, la oportunidad de ejercer una profesión apasionante, con muchas alegrías y satisfacciones, además de estabilidad, salud y bienestar, en síntesis, una plena realización. Pero a la vez lo entregamos todo. Entregamos nuestra capacidad, nuestro entusiasmo juvenil inicialmente, luego maduro, nuestro esfuerzo, nuestro tiempo, muchas veces en desmedro de nuestras familias.

Para terminar estas palabras, deseo hacer un recuerdo de mi padre, quien vivió sus años de retiro pendiente de mis progresos, pero no alcanzó a verme ascender a Almirante. Aún a riesgo de pecar de falta de originalidad, deseo tomar en préstamo las palabras con que él cierra sus memorias escritas hace 22 años:

Decía, "Y para terminar declaro que, como cristiano, no creo en la reencarnación, pero en el supuesto que mi humana existencia pudiera retoñar, desearía una vez más nacer en Chile y vestir el uniforme de la Armada. Sí, sin vacilaciones: volvería a ser marino".